

Apuntes de Zootecnia

EL ORIGEN DEL CABALLO AMERICANO

Por el Dr. Manuel M. Mattos.

Profesor de Zootecnia de la Escuela de Veterinaria del Uruguay.

CAPÍTULO II

El caballo salvaje

Dejando a las formas fósiles, para entrar al estudio de la especie equina en su tipo salvaje, que constituye el eslabón de unión entre los dos extremos: los preequinos por un lado y los caballos domésticos por el otro, considerados principalmente, tal como se presentan en la época actual, podemos admitir como cierto que las razas equinas domésticas deben haber tenido en tiempos remotos, ascendientes en realidad silvestres, no obstante lo difícil que es precisar la época de su domesticación. Por consiguiente, el querer fijar el tipo o los tipos de los caballos primitivamente salvajes que hayan existido en aquellas épocas, no es cosa fácil, dado la antigüedad remota de su cautividad para domesticarlo, haciendo poco menos que imposible poder señalar la verdadera unión entre ellos y las razas modernas, y de aquí nace la confusión de los diferentes autores.

Por lo que hemos visto, en el capítulo precedente, se desprende que las formas fósiles que en el reino animal son referibles al género equus, han existido en gran número; entre las cuales se llega hasta contar el verdadero caballo (*Equus caballus*) pero que se hace del todo imposible, por el estado actual a que han llegado los conocimientos al respecto, precisar el sitio de la tierra y en qué fecha fija han aparecido los verdaderos caballos salvajes.

Sin embargo se puede afirmar que en épocas históricas que remontan a muchos miles de años antes de nuestra era, se señalaba ya, la presencia de caballos en varios lugares del Universo, muchas veces comprobados por los jeroglíficos, bajo relieves y pinturas antiguas, llegándose a constatar que estos seres permanecían diferenciados en sus características étnicas y alejados unos de otros como eran las relaciones humanas en aquellos lejanos tiempos.

Esta argumentación nos lleva a preguntar: que si el caballo salvaje ha existido contemporáneamente en varios continentes; no habrá estado representado también en las Américas?

Concretándonos a estudiar la existencia de un caballo salvaje americano, podemos manifestar, que es una creencia admitida generalmente, so-

bre todo cuando se busca su comprobación en los datos suministrados por la historia, que esos animales no existían, cuando se efectuó el descubrimiento de estos nuevos continentes.

Ahora bien, constatada la presencia de los preequinos en la América, en gran número, tal vez superior a los otros continentes y cuyas formas han demostrado acabadamente que se trata de seres de una existencia anterior a los del viejo mundo; no puede explicarse lógicamente, cuáles pueden haber sido las causas de la desaparición de esas formas ancestrales y de transformación.

La presencia del caballo antes de la conquista; aunque no registrada, no es del todo imposible, pues su comprobación puede hacerse de un momento a otro o simplemente admitirse como se ha hecho en otros casos, que no obstante no haberse encontrado razas autóctonas de caballos salvajes que probaran la continuidad entre los preequinos y los caballos domésticos, se ha llegado a afirmar su existencia, aunque la documentación histórica quiera hacernos ver su importación por las invasiones, y esto solamente, por haberse demostrado que en las diferentes capas geológicas de formación se han encontrado fósiles que representan a sus antepasados.

Por otra parte, siguiendo las ideas que sustenta la escuela creacionista, nos queda por preguntar ¿si el caballo salvaje, nacido en un punto cualquiera de la corteza terrestre, no haya podido, según los monogenistas, haberse irradiado en varios sentidos, implantándose en países, los más alejados de su cuna geográfica, adquiriendo allí, por adaptación natural, características propias que los hicieran diferenciar del grupo de origen, no obstante pertenecer todos al mismo tipo?

De la misma manera, si seguimos a los poligenistas, nos cabe hacer la pregunta ¿que si han aparecido espontáneamente caballos salvajes, en varios puntos del Universo, sin estar relacionados unos con los otros, no podrían los territorios de América, con su vastísima extensión en todas las zonas, haber tenido sus representantes autóctonos?

Según muchos naturalistas de verdadero renombre, en esta rama de la ciencia, al considerar la falta de un equino al descubrirse la América, frente a las grandes manadas que posteriormente han pastado en un completo estado salvaje, opinan que, estos últimos no son más que los descendientes de los caballos domésticos, abandonados por los conquistadores y que han vuelto a ser silvestres, solamente por haberse criado en completa libertad del poder del hombre, durante muchísimas generaciones.

No obstante esta respetada opinión, que sólo atañe a más del Nuevo Mundo a Australia, creen ver, estos mismos autores, que algunas de las agrupaciones de equinos de menos importancia que habitan o han habitado hasta hace muy poco tiempo en algunos lugares apartados del Viejo Continente, representan los últimos vestigios del caballo salvaje, que habitaban antiguamente la tierra, como por ejemplo, según opinión del eminente Dr. Nehring, autoridad en esta materia, que dice: que los tarpanes encontrados en las estepas situadas al norte del Mar de Azoff, son al

presente la continuidad ininterrumpida de los predecesores del equino.

Ahora bien; si la presencia de algunos animales en determinados puntos del Globo, ha permitido hacer generalizaciones, suponiendo la existencia del caballo salvaje en todo un continente; la constatación de algunos caballos en Chibocé y en el Chaco Paraguayo, considerados por autores de reputación, como representando los últimos restos de un caballo salvaje americano, ¿no bastaría para generalizar su existencia en todo el Nuevo Mundo en épocas anteriores a la conquista?

Por otra parte no se está obligado a admitir la desaparición completa de estos seres intermediarios, cuando no se conoce la causa verdadera del fenómeno, ya que por el momento no existe dentro de la historia de la formación del Mundo, dato alguno que pueda justificar claramente esa desaparición, no obstante haberse emitido teorías más o menos fabulosas que tratan de explicar estos hechos; sea por una emigración global, por causas mesológicas desconocidas, u otras razones por el estilo que por el momento han quedado sin demostración.

También la pretendida negación de su existencia, basada en datos paleontológicos, no tiene suficiente valor aclaratorio, puesto que, como es sabido, los fósiles presentan poca coherencia entre sus partes constitutivas y los restos de esos antiguos seres puestos por algún tiempo bajo la influencia de los factores destructivos de la intemperie, desaparecerían, lo que puede indicar que los restos del caballo americano, aunque representados en gran cantidad en épocas anteriores se hayan extinguido por los cambios bruscos que necesariamente ha tenido que soportar la corteza terrestre en su formación geológica; sobre todo teniendo en cuenta que se trata de sustancias orgánicas que al descomponerse no dejan la más leve huella de su presencia, que pueda hacer sospechar su origen. Esto podría muy bien haber pasado con los cadáveres esparcidos en ciertos países y entre ellos cabría también la América, dando la aparente sensación de la ausencia de un caballo salvaje. Así también explicable por la destrucción completa y su arrastre, efectuado por las aguas pluviales, exageradamente cargadas de ácido carbónico, muy probable en aquellos tiempos por las evoluciones igneas sufridas por el Universo, que habrían hecho desaparecer todo resto de animales referibles a los equinos salvajes.

No siendo posible aceptar ni negar científica y acabadamente la presencia de un caballo salvaje en tierras de América, y siendo de una importancia muy relativa el estudiar las causas de la desaparición de esas razas, por cierto muy enigmáticas, si nos concretamos a los datos que hasta hoy son admitidos; nos hace pensar en la probabilidad de aceptar como cierto, la existencia del equino salvaje en América, que haya sido el continuador de la evolución progresiva dentro de la escala zoológica, como se ha constatado en otros países, cuyas razas actuales de caballos no están de acuerdo en sus caracteres con otros tipos desaparecidos; por haber sido suplantados posteriormente por otros cuyo origen está bien aclarado por los datos suministrados por la historia.

Podría también citarse como un argumento que explicaría la desapa-

rición de comprobantes de la existencia de los caballos salvajes americanos, sobre todo en países donde se ha tratado de efectuar estudios en ese sentido, el hecho mencionado por muchos geólogos que tratan de la desaparición de capas del período cuaternario, dejando en descubierto superficies de terrenos de otras formaciones anteriores, como se ha comprobado dentro de las Américas, en el Brasil, Estados Unidos, Canadá, etc., lo que podría probablemente explicar la desaparición de los restos de caballos salvajes con la desaparición total de algunas de esas capas, por fenómenos aún no aclarados, debiendo por consiguiente llevar consigo, en su disgregación y arrastre, los restos que pudieran haber albergado, de los representantes salvajes del género equus.

Entraremos ahora a estudiar entre todas las razas salvajes o simplemente las consideradas como primarias, que se conocen, cual puede haber sido la que contribuyó a la formación del equino americano, como precursor de las razas criollas.

En este punto trataremos por separado la probabilidad de la intervención de algunos de los tipos más conocidos como formadores del caballo criollo, sea cual fuera su cuna y la del caballo español, admitiendo para ello ser la única rama originaria en la formación de los caballos de América.

Según Cuvier y su escuela, todas las razas del presente, descienden de una única forma salvaje, el Equus Caballus Fossilis, encarnado por el año 1879 en el caballo de Pryvalski, descubierto en Mongolia y cuyos caracteres más salientes son: una talla pequeña con cabeza grande, crines largas y espesas, cola desprovista de pelo en sus dos tercios superiores, espejuelos solamente en los miembros posteriores, de capa oscura y uniforme. Estos animales toma el nombre de Takné, dado por los naturales de su país de origen, que los kirghises han transformado en Kertag.

Admitiendo esta hipótesis como cierta, la América hubiese tenido este tipo en sus primitivos caballos salvajes, lo que en muchos casos nos llevaría a encontrar la semejanza entre éstos y los modernos caballos criollos de muchos sitios del continente.

Otros naturalistas se inclinan a rechazar el origen único, admitiendo la existencia simultánea de varias razas primitivas de caballos salvajes y entre ellos se encuentra Halmiton Smith, que opina que los equinos modernos descienden de cinco estirpes, perfectamente separadas en sus características etnológicas y también por sus pelajes diferenciales; y que para dicho autor serían los siguientes: el colorado, el blanco, el negro, el zaino y el overo.

Cada capa representaría un grupo independiente, la que sería acompañada por una conformación especial, marcando así otras tantas razas primarias.

Entrando a comparar estos diferentes tipos primarios con las razas secundarias, formadas en la América, nos encontramos con una gran confusión que no nos permite hacer deducciones con visos de verdad.

Según Ewart todas las razas de caballos domésticos han sido forma-

das por tres tipos diferentes: una de perfil rectilíneo y de coloraciones que variarían entre el blanco y el negro, que habitó el norte de Europa y del Asia y que Ewart denominó caballo de las altiplanicies o *Equus Agilis*.

La segunda; cuyo perfil era concavilíneo, de forma voluminosa y mucho peso, que su pelaje primitivo fué zebrado, variando más tarde hacia otros colores derivados y que ocupó la Europa central, norte de Francia y sur de Inglaterra y que llamó *Equus Robustus* o gran caballo de las selvas.

En cuanto al tercer tipo, era de perfil convexilíneo de apariencia más Men grande, sin ser voluminoso, de coloraciones que variaban del bayo al colorado, ocupando la parte sur de Europa y norte del África y que denominó *Equus Prejwalski* o caballo de las estepas.

Estudiando esta clasificación de razas primarias, hay dos de ellas que pudieran por adaptación referirse por sus características, a los caballos de América, si éstos hubieren descendido directamente de ellas. En el caso de aceptar el origen español para los caballos del Nuevo Mundo, la explicación estaría en los diferentes cruzamientos que indudablemente se han producido en épocas lejanas entre los tres tipos primitivos, hecho fácilmente probable por las conquistas y guerras de la antigüedad.

Y por último, por no citar muchos autores, tenemos a Sanson que sostiene que todas las razas modernas representan la existencia anterior de ocho tipos (para él especies), primitivamente diferenciadas entre sí y la teoría de Owen que admite solamente dos formas primitivas de caballos salvajes, el *Equus Caballus* y el *Equus Plicidens*, que los diferenciaba principalmente por su tamaño y desigual constitución de sus molares.

Como hemos manifestado, no discutiremos ninguna de las distintas teorías admitidas sobre los primitivos tipos de caballos salvajes, ni trataremos en esta parte de buscar la ascendencia de los equinos domésticos de América; tomando solamente el caballo salvaje, tal como se le ha conocido y estudiado en épocas poco lejanas, por considerar que para la zootecnia práctica no tiene una importancia esencial el admitir con la escuela vitalista, que cada especie fué creada con su tipología propia, o de seguir las teorías evolucionistas, cuya creencia en la evolución gradual de los organismos, ha contribuido a la creación de las formas más diferentes por adaptación o selección natural.

Por consiguiente sea cual sea la forma tipo primitiva de un caballo salvaje, debemos contentarnos para nuestro estudio con saber que desde que se conoce a este precioso y útil animal, se ha presentado con formas cuyas variaciones en torno de la especie equina, han seguido fluctuaciones unas explicables por ser bien conocidas y otras que no llegan a explicarse perfectamente de cómo han podido entrar en la formación de las razas secundarias que hoy conocemos.

Este proceso evolutivo efectuado naturalmente es lo mismo que pasa en nuestros días donde entra la mano del hombre, quien consigue a veces con relativa facilidad gran número de formas con sólo emplear métodos especiales bajo su vigilancia y dirección directa, en tiempo amenudo relativamente corto, no consiguiendo en otros casos más que fracasos o re-

sultados efímeros, lo que nos induce a admitir la existencia en todo tiempo de fuerzas naturales superiores, capaces de determinar las más grandes variaciones en los tipos, tanto en los caballos salvajes como en los domésticos, llegándose así a la formación de grupos independientes que fijados por adaptación natural o artificial, puedan repetirse hereditariamente.

Por lo tanto debemos aceptar que existe razón para creer que lo que puede hacerse por selección artificial metódica, puede haber obrado en la naturaleza por la selección natural, porque ambas están regidas por fuerzas biológicas iguales que forman y regularizan cada uno de sus grupos (variación y herencia).

(Continuará.)



Enfermedades trasmisibles por la leche

Por el Dr. Mariano Carballo Pou

Profesor de Anatomía Patológica y Parasitología
de la Escuela de Veterinaria del Uruguay.

Al iniciar esta plática me creo en el deber de advertir al distinguido auditorio que mi objetivo es el de divulgar algunos conocimientos científicos, relacionados con la transmisión a la especie humana de enfermedades vehiculizadas por la leche de vaca.

Ajustándome siempre a ese espíritu de divulgación, haré conocer algunas nociones acerca de los peligros que para la salud pública implica la ingestión de leche contaminada por diferentes bacterias conocidas, refiriéndome particularmente a los agentes responsables de la tuberculosis, aftosa, tifoidea, escarlatina, difteria y gastro-enteritis.

Una de las graves afecciones — amenudo contagiada por la leche — es la tuberculosis. Esta enfermedad, común a la especie humana y animales, desgraciadamente muy difundida en nuestro país, aserto que estamos en condiciones de corroborar puesto que las estadísticas del Consejo Nacional de Higiene muestran que durante el bienio 1925-26, causó la pavorosa cifra de 5.022 fallecimientos, es determinada por una bacteria denominada bacillus de Koch, tan pequeña, que sólo mide de 1 a 5 micrones, vale decir, milésimas de milímetro. ¡Qué enorme desproporción entre la microscópica pequeñez del agente infectante y los terribles estragos que determina!

De aquella considerable mortalidad por tuberculosis, en su mayor parte la infección es causada por el contagio de persona a persona, directa o indirectamente, por medio del aire inspirado, de las bebidas o alimentos, manos, ropas, cargados de bacilos tuberculosos expulsados con la tos, esputos u otras excreciones; pero no debemos olvidar que también la leche tiene su rol en la trasmisibilidad de la prenombrada enfermedad.